GENIO Y FIGURA

El hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma.

ELISEO RECLUS

La cara es el espejo del alma.

PROVERBIO

La Naturaleza ha puesto en el rostro del hombre los rasgos fundamentales de sus cualidades, de su modo de ser. El hombre imprime sobre sí mismo los trazos de sus inquietudes. Para la psicología aplicada, el hombre no tiene secretos. Efectivamente, en el rostro de un hombre pueden leerse todas las inquietudes siderales, si ese hombre, como es natural, tiene la medida del cosmos en sus sentimientos. Todo lo que es terreno, todo lo que es sideral, todo lo que es nirvana, con el reflejo del vacío absoluto; todas las inmensidades de las galaxias que presiden las inquietudes o simplemente con el terreno reflejo de una añorante puesta de sol queda reflejado en la cara de un hombre cuando ese hombre toma como ejercicio mental su anhelo de penetración en el universo.

Una sensación ligeramente sentida puede ser como la tenue brisa que cruza un océano; una sensación emotiva, vehementemente sentida, deja su huella en la cara del hombre; viene a ser para su espíritu lo que son a los océanos las grandes simas, que siempre producen mar de fondo. El mejor distintivo que la Naturaleza ha puesto en el hombre para conocerse entre sí es el alma. No puede imaginarse la falsificación. La psicología aplicada y el conocimiento popular dicen que *cada hombre es un mundo*. No puede haber dos iguales. También se dice a veces y cuando se quiere definir a un hombre que *es de alma delicada*. A esos hombres las *musas* ponen el verbo en su elocuente boca para que, al romper en su cerebro las ideas venidas desde el infinito de los tiempos y sin otra conciencia que su deseo de penetración en la humanidad, realice la obra que todos los demás hombres sentirán como suya; es una ley de vida, y en esa obra todos los hombres verán su propia *alma*.

Tengo delante de mí tres fotografías del ilustre escritor don Luis Rosales, que me propongo estudiar y analizar. Cuando esta mañana mi secretaria las ha sacado del sobre que las contenía, espontáneamente ha dicho:

—Tiene cara de hombre bueno, ¿verdad?

Pero en un rostro no solamente se refleja la bondad; otras inquietudes sobrepasan a veces esos sentimientos en mucho, aunque, naturalmente, para el ojo inexperto, que sólo tiene a su alcance para juzgar los reflejos de simpatía o antipatía que se desprenden de la cara que tiene delante, la bondad es el sentimiento que se impone a todos, porque es la cualidad anímica que más posible hace la convivencia entre los hombres. Y hubo un tiempo que sólo esa facultad pudo hacer santos.

A los efectos de análisis y para mejor entendernos, ante la duda de que esas fotos puedan acompañar a este estudio (lo que vendría a ser como quitar el perfume a la flor), voy a establecer entre ellas una clasificación *sui generis* que nos permita caminar por esa abierta conciencia con la sinceridad y elocuencia que él se muestra (debe entenderse que, de acompañar las fotos a este estudio, se conocerán por los números «1», «2» y «3»).

En la que debe marcarse con el número «1» tenemos a don Luis Rosales con el mayor peso, con la mayor carga de «contrariedades» sufridas en toda su vida.

En la que debe estar marcada con el número «2», don Luis Rosales refleja su alma ante un micrófono con la seguridad del que ha logrado hacerse oír.

Por último, la que tendrá que estar marcada con el número «3», Rosales se encuentra como esos árboles que, habiendo dado frutos abundantes y sanos —y jugosos sobre todo—, aún se percibe en el verdor de sus hojas la abundancia de savia y lozanía para continuar dando más y más abundantes y gustosos frutos, ya con el regusto del que sabe lo que produce.

Ahora una advertencia: En un trabajo de esta naturaleza es de necesidad prescindir del protocolo; en consecuencia, cuando haya de nombrarle, será el *sujeto* que analizamos.

Primera imagen

En la imagen primera tenemos al «sujeto» soportando la más pesada carga de contrariedades de su vida. ¿Quién le ha fallado? ¿Es que no halla los amigos en quien había confiado? ¿Tan mal le han ido las cosas que, a pesar de su sonrisa, no puede aún vencer la amargura interna? Vamos por partes. Tomemos la cara de arriba abajo:

En primer lugar, tenemos una cara alargada: delicadeza, sensibilidad e inquietudes espirituales dice el tipo de cara. Encajemos el rostro en el canon clásico que los artistas emplean para hacer sus retratos:

vemos que el módulo central, el correspondiente a la nariz, es más pequeño que los otros dos; nariz corta, agresiva, con garra... Los módulos inferior y superior se corresponden perfectamente. El plano de la frente, las dimensiones de su altura, el empuje de los módulos cerebrales que en ella se alojan parece que quieren salir de la piel, produciendo esos surcos torcidos en el entrecejo, inclinados hacia el ojo. Esos rasgos están producidos al fruncir el entrecejo, manteniendo una actitud por encima de todo; la lucha contra las *insinuaciones* y las contrariedades producen ese resalte en el entrecejo, que, cuando van formando remolino, nos da al genio o al loco. Tendremos ocasión de volver a la frente y al entrecejo.

Las cejas

Por la Naturaleza están puestas para proteger al ojo. El hombre las ejercita para resaltar ciertos sentimientos superficiales: desdén, extrañeza, curiosidad, atención y a veces autoridad y despotismo. Las que tenemos delante están bien colocadas encima de los ojos y corresponden perfectamente al tipo de cara que analizamos, en cuanto a delicadeza y sensibilidad. El ejercicio de su posición le viene de lejos, en tanto que está hermanado con los surcos del entrecejo en una constante vigilancia, atención, de algo que en su interior, y que luego comprobaremos, viene arrastrando por decepción, y se pregunta: ¿por qué? Esa posición de las cejas en el momento de la imagen es como la manifestación de una herida interior, herida moral.

Los ojos

Si «la cara es el espejo del alma», los ojos son las ventanas por donde se asoma la conciencia al exterior. En ellos se concentran todos los sentimientos, y no tengo conocimiento de ningún poeta o literato que no haya hablado del lenguaje de los ojos. Los que tenemos delante en la primera fotografía sólo nos dan a conocer una manifestación exterior que ya ha quedado reflejada con las cejas; pero si nos fijamos en la fotografía número «3», vemos que son los ojos quietos, escrutadores y observadores del pensador: de pupila pequeña, colocados al fondo de la órbita, en continuo contacto con el interior, «viendo» de dentro a fuera. En el momento de la imagen, según la primera fotografía, está el ojo entornado, y no es el ojo el que ve, sino que manifiesta la sensación de la duda que, por herida interior,

arrastra el sujeto. Ponga los ojos en esa forma, lector; entórnelos, por favor, levantando el párpado inferior. Una oleada de dudas surgirá de su conciencia y le hará comprender esa posición de guardia, de dentro a afuera.

La nariz

Relativamente pequeña en relación con el rostro: dinamismo, agresividad, emprendedor. Wagner, Kant, Voltaire, Dickens, Dostoievski... tenían nariz así. Son muchas las que pueden encontrarse en hombres célebres de esa forma. Yo he citado esas cinco de memoria. Y como en esos mismos hombres, todas ellas tienen un punto común débil en la raíz —la unión de la nariz con la frente—: la voluntad flaquea ahí. Ese resalte o depresión entre nariz y frente es síntoma de voluntad débil. Empero, en todos estos casos parece como si la Naturaleza quisiera complementarse, poniendo *algo de agresividad* en esos rostros de inclinaciones delicadas y sensibles a todo lo espiritual y manifestando los síntomas de voluntad en otros rasgos que se armonizan mejor en el conjunto de la imagen, como luego veremos. Entonces vemos que a todos estos sujetos, a todas estas almas, la Naturaleza ayunta con la sensibilidad como un empuje creador, y esa debilidad de la voluntad viene a ser como un a modo de *relax* que estas personas necesitan, toda vez que, como veremos cuando analicemos el perfil, son, por lo menos —éste lo es—, rápidas de pensamiento y de acción; prontas en concebir, y si no fuese por ese hálito de vacilación, sus creaciones carecerían de la gracia de la duda.

La boca

Con lo primero que tropezamos en este aparato es la elocuencia, la tolerancia y la bondad, siempre de la primera fotografía. Pero no hay duda que en la boca hallamos la expresión de los sentimientos extremos; de la misma manera, es el aparato que menos oculta las emociones, a menos que sus tejidos o nervios estén dañados. Como es natural, esas expresiones las producen los labios. Cuando el labio superior, como en este caso, se apoya sobre el inferior, aun en situación de sonrisa, hallamos el hermetismo y la bondad; persona a quien podemos confiar un secreto. También en este caso la boca compensa la falta de voluntad de la nariz, a que nos hemos referido antes; y más: su labio inferior, carnoso y elocuente, le da a ese rostro un com-

plemento de sensualidad, necesario en todo espíritu delicado para conocer el sabor de la vida. Desgraciadamente, en el rostro que analizamos, el sabor que tiene en su alma en el momento de la imagen, y a pesar de la sonrisa, es de hiel, amargo. ¿Qué contrariedades ha sufrido este hombre que, por los pliegues de su boca, a pesar de la sonrisa, vemos que está a punto de dejarse abatir? Como vamos a tener ocasión de volver a la boca cuando lleguemos a la tercera imagen, ella nos demostrará que, gracias a la voluntad que se desprende del mentón y gracias al deseo de lucha, de combate, que se desprende de la nariz, pudo vencer ese abatimiento que por frustración estuvo a punto de derrotarle. También en los pliegues caídos de la boca podemos leer la resignación. Tal vez hubiese sido esto, la resignación a lo inevitable, a la entrañable pérdida que se ha sufrido injustamente, lo que en el período anterior les dio forma a los pliegues de la nariz y la boca, produciendo ya por hábito el estado de resignación en que ahora le encontramos, en el mismo borde de la última flaqueza.

La barba

Ya lo he dicho antes: la barba empuja hacia adelante. En la barba tiene este sujeto como una pila que genera voluntad. Cuando hablemos del perfil, nos daremos cuenta que es la barba de los tercos; pero viéndola ahora de frente nos damos cuenta que está rodeada de aficiones artísticas. En principio, ese hueso maxilar pertenece a la animalidad; su función es bien conocida: triturar, machacar. En consecuencia, cuando tropezamos con una mandíbula como la que tenemos delante percibimos las energías corporales, tendencia a la nutrición, vitalidad. En este caso particular, la herencia de milenios de civilización colocan al sujeto en equilibrio de control sobre sí mismo y hacen de esa cualidad el empuje necesario para afrontar con temperamento y resolución cualquier situación de circunstancias. Ya lo hemos visto: cuando todavía el sujeto no había entrado en su total desarrollo, según la primera foto que analizamos, atravesaba un período de frustraciones, decaimiento y amargura, y gracias a ese empuje vital de la barba y a su espiritualidad arraigada pudo salir airoso y volver a tener amigos.

Las orejas

Psicológicamente y por sí solas las orejas no nos dicen nada. Sin embargo, cuando, como en este caso, vienen acompañadas de las facultades que hemos hallado, y además vemos una oreja más grande

que pequeña y desprendida de la cabeza, el sujeto es voluntarioso y goza de salud. Muchos grandes hombres han tenido las orejas así. En este caso particular, y fijándonos en la oreja que nos muestra la foto número «3», encontramos una oreja de aficiones musicales que complementa la delicadeza del rostro alargado de la foto número «1». Asociando esta cualidad con la elocuencia de la boca, encontramos que esta clase de sujetos pueden ser buenos cantantes, buenos músicos y en particular elocuentes oradores.

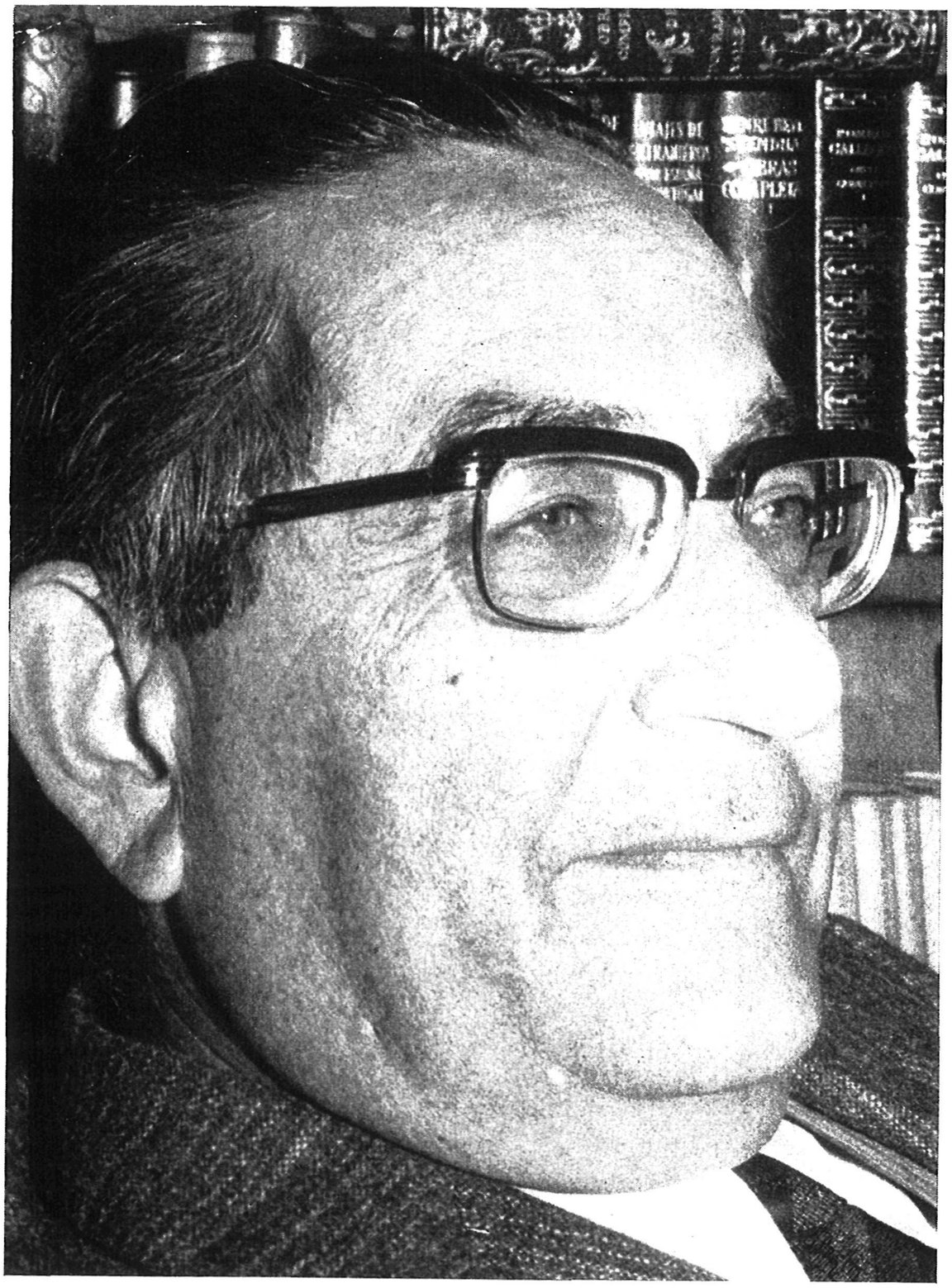
Antes de entrar en la mímica del conjunto que analizamos, interesa fijarnos en otras partes del sujeto.

Las manos

Esas manos nos traen por asociación esas imágenes simbólicas que hemos visto en alguna parte en signo de amistad, de solidaridad. Se ven unas manos largas, lo que indica una cualidad especial para juzgar los detalles. Esos dedos largos significan también un tacto especial para actuar en sociedad. Pero esas manos tienen una cualidad que resalta significativamente y confirman las cualidades que hasta ahora hemos sacado: su postura ante el pecho. «Bueno, aquí estoy; siempre he sido lo de antes; siempre he sido lo de ahora», está diciendo el sujeto con la postura de las manos, y lo confirma la inclinación hacia la izquierda de su cabeza, con toda la bondad que se desprende de su labio superior y la energía y voluntad de su barba. Antes de hacer una comparación de esa postura debo decir algo más sobre esas manos, toda vez que vienen a confirmar la personalidad: Esas manos muestran las creencias religiosas, amor a la poesía, a la literatura, gran imaginación y discreción. Todavía ese dedo meñique está mostrando la elocuencia, el tacto y la diplomacia. Pero ahora, lector, intente colocarse en la postura del sujeto. Las manos son las partes más complicadas del cuerpo humano. Muchos artistas les han dedicado cuadros. Usted se habrá colocado más de una vez las manos en esa forma; pero ¿ha observado usted si estaban a esa altura y si era la mano izquierda la que estaba sobre la derecha? Colóquese en esa postura y con la mano izquierda sobre la derecha. Es posible que no pueda hacerlo, que no sepa hacerlo. Se requiere para ello un gran hábito de humildad, de renuncia. Observe cómo se desprende de usted, de todo su ser, una sensación de renuncia al colocarse en esa postura. Luego a las personas que les es habitual esa postura les es habitual la bondad.

Foto núm. 1.

Foto núm. 2.



Y foto núm. 3.

Segunda imagen

En esta fotografía número «2» tenemos el perfil completo del sujeto. Es un perfil mixto de los tres tipos puros conocidos: La frente huye hacia atrás (del perfil convexo): rapidez en el pensamiento, pronta visión de las cosas. De la frente al mentón, recto: equilibrio físico y mental, ponderación, ecuanimidad. Mentón saliente (del perfil cóncavo): voluntad, decisión, convicciones arraigadas. El lector comprenderá que el análisis de estas partes nos conduce al mismo camino que acabamos de dejar. Queda, sin embargo, una cualidad que hay que hacer resaltar: la posición de la oreja. Está relativamente más atrás de lo que le corresponde en el canon clásico (también se puede percibir en que la patilla de las gafas está relativamente levantada en la parte de la torcedura donde engarza en la oreja): inclinaciones caseras; amor al hogar, a la tranquilidad, en el *confort* quieto de la intimidad. Este sujeto hallará muchos signos de inspiración en el regusto de un *confort* quieto contemplando ese cielo del cual forma parte su alma.

También corresponde en esta fotografía número «2» señalar que la expresión del sujeto es el fiel reflejo de la consecución de un objetivo. La expresión de la boca no tiene la amargura de la anterior.

Tercera imagen

Si el análisis lo hubiésemos empezado por esta imagen, no hubiéramos podido percibir esa gran cantidad de decepciones, contrariedades y frustraciones por las que el sujeto ha atravesado, y sobre todo no hubiésemos podido percibir las amarguras que en el umbral de sus desarrollo el sujeto tuvo que vencer y que estuvieron a punto de hacerle renunciar a todo. Si alguno de los que me leen tiene ocasión de colocarse al lado de este sujeto, que lo haga; se sentirá junto a él como colocado junto a una encina, con la seguridad que da el árbol fuerte, el árbol que ha aguantado todos los embates y, después de un sosegado verano, echa sus frutos abundantes. Hasta se le ha ido de las comisuras de la boca el pliegue de la tristeza y la resignación que las contrariedades le habían producido. Pero, en cambio, ha aumentado el signo de la discreción, la reserva, el amor a todo y la bondad; sí, lo mismo que han aumentado las aficiones artísticas, el sentimiento del *confort* y la música. Pero no precipitemos las cosas, aunque estemos a punto de llegar al final.

La frente nos confirma todo lo que hasta ahora he dicho, y además todo el que tenga una frente como ésa puede estar seguro que discernirá con rapidez los principales puntos de un asunto cualquiera —las exposiciones que le hagan, lo que lea, lo que digan los otros, y sobre todo si son de orden intelectual—; será discernido con toda rapidez y tomado muy en cuenta. Hay un detalle significativo: tomada una decisión, no le gusta que le contradigan; a veces puede perder la ecuanimidad y la paciencia; de hecho las pierde con las demoras y el discurrir lento.

Todo lo que obedezca a un orden de color, de forma y de sonido es tratado por el sujeto con mimo y cariño. Su oreja es de las llamadas musicales (compárenla con la de cualquier músico famoso). Ese resalte del trazo, la profundidad de la cuenta y particularmente la sensibilidad de la hélice aseguran las aptitudes musicales (que no ha de significar que el sujeto haya de ser músico a la fuerza; ¡tantas maneras de dar satisfacciones a esa cualidad puede haber!).

También es absolutamente seguro que el sujeto está ahora en pleno ciclo de desarrollo y que venir a discurrir sobre cada una de las partes del rostro que tenemos delante no hará más que confirmar todo lo que llevamos dicho en una vertiente de sensatez creadora, optimismo y hasta euforia mental, si, por dar una imagen gráfica, comparamos la vida de un hombre a una montaña, con una vertiente sombría y otra soleada, significando la vertiente sombría lo vivido en su primer ciclo y la vertiente soleada lo que ahora vive y le queda por vivir.

Por último, diré que si el conjunto de los hombres forman el alma de la Naturaleza, esta clase de sujetos, como don Luis Rosales, son los que componen los módulos sensitivos y espirituales de esa alma colectiva, con la que todos nos sentimos más dignos.

JUAN QUIÑONERO GALVEZ